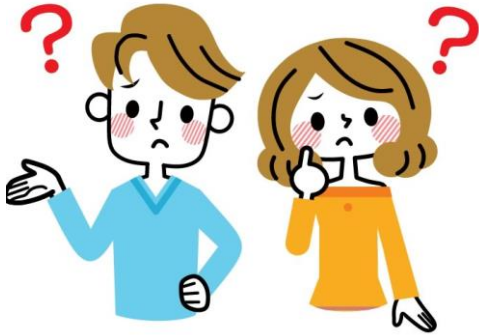




Tengo un "okupa" en casa...



"No me explico cómo hemos llegado a esta situación... Antes era una niña encantadora: hablaba con nosotros, se interesaba por las cosas de casa, jugaba con sus hermanos..."

"De la noche a la mañana tenemos un chaval al que casi ni conocemos: se comporta de un modo extraño y no se le puede ni hablar..."

Puede llegar un momento en nuestra vida en familia en que tengamos la sensación de que nuestro hijo se ha convertido en un auténtico desconocido para nosotros. Sus gustos han cambiado, su forma de comunicarse con nosotros no es la de antes (a veces percibimos que ni se comunica), se enfada cada dos por tres, parece que lo que sucede en casa no le importa lo más mínimo y se pasea de un lado al otro de la casa mirando el móvil y con los cascos puestos, como si ambas cosas fueran una prolongación de sí mismo, o se pasa las horas muertas delante del ordenador.



Las familias pasan por distintos momentos evolutivos, pero la fuerza o la virulencia con la que se producen estos cambios no es la misma en unos casos o en otros. Hay muchos factores que intervienen y controlarlos no siempre está en nuestra mano.



¿Qué podemos hacer entonces? Podemos **sembrar y cuidar lo que**

sembramos: Podemos implicar a nuestros hijos en las tareas de casa desde pequeños, podemos marcar momentos en familia cada día (las comidas, por ejemplo), cada semana (la película del sábado por la tarde, la visita a los abuelos...), cada mes (una ruta por el campo), cada año (las vacaciones)... tiempos que, desde pequeños, pasamos



en familia, tiempos “sagrados” que no tenemos por qué dejar de pasar porque nuestros hijos se vayan haciendo mayores.

Cambian las conversaciones, cambian las películas, cambian las tareas domésticas que les asignamos, cambian los destinos de vacaciones (o no)...pero no cambia el hecho de pasar tiempo en familia.

Tendremos que respetar su necesidad de intimidad, sus confidencias con los amigos, sus cambios de humor (incomprensibles también para ellos)..., pero no debemos resignarnos ni justificarlo todo bajo el “paraguas de la adolescencia”, del aislamiento, del pasotismo, de la incomunicación... Nuestros hijos adolescentes tienen capacidad para echar una mano en casa, para jugar con sus hermanos y negociar una película para ver juntos, para renunciar a un rato de móvil o de videojuego e ir a ver a los abuelos, para quitarse los cascos y sentarse a charlar. *No infravaloremos su maravillosa*

capacidad para empatizar, para conectar, para abrazar, para colaborar, para disfrutar en familia.

